

La Inmaculada Concepción, el templo donde siempre es la 1:00 de la tarde

 Universidad
de Santander
unes

Por María Cecilia Mendoza Araujo

Desde el amanecer la icónica parroquia de la Inmaculada Concepción se divisa solemne ante los primeros rayos del sol. Sus muros exteriores son blancos con detalles color mostaza, similares a los de la famosa parábola del 'Grano', elección cromática del obispo de la Diócesis de Valledupar, monseñor Óscar José Vélez Isaza.

En lo alto la vieja torre de la campana, coronada por un cobre ya azulado por el tiempo, guarda un reloj detenido desde hace años, paralizando el paisaje con sus agujas a la 1:00 de la tarde. El templo resguarda más de tres siglos de historia. Su interior no se detiene, ha sido testigo de devociones, alegrías y lutos de los vallenatos, además refugio de quienes se adentran en ella buscando aliviar angustias.

El padre Román Adolfo Navarrete, hombre de piel pálida, contextura robusta, de mirada que mezcla sabiduría y paciencia, con voz pausada me recibe después de la misa de 6:30 de la mañana, hora en la que Valledupar aún está 'fresca' y deja sentir una brisa agradable entrando al templo.

La historia del padre se entrelaza con la de esta joya de infraestructura religiosa colonial que lo acoge: "Voy a cumplir cuatro años aquí y de ordenado sacerdote llevo 37. Nací en Zipaquirá, Cundinamarca, pero llegué a Valledupar en el año de 1980", comenta el párroco, revelando el vínculo profundo que lo une a la tierra que lo adoptó.

Conversar con él es viajar en el tiempo, a épocas en que las campanas marcaban el ritmo de la vida de los feligreses. "Esta iglesia es del siglo XVII. De Valledupar es la más antigua", explica, recordando que solo la torre de la Iglesia del Rosario le compite en antigüedad, como único vestigio de un convento dominico ya desaparecido. Conservan registros de bautizos que datan de hace tres siglos, incluso de antes de la Campaña Libertadora de Simón Bolívar, cuando la esclavitud aún marcaba a América Latina. La iglesia de imponente fachada y su reloj congelado a la 1:00 de la tarde, es más que un lugar de culto, es un atractivo turístico y símbolo iconográfico valduparense. Y aunque esa condición debería asegurar su mantenimiento constante, se enfrenta a un dilema: "Mientras el Ministerio de Cultura no apruebe no se pueden hacer grandes trabajos, únicamente lo mínimo, pero no restauraciones", confiesa el padre Román, consciente de que cada arreglo exige un proceso complejo.



Aunque el reloj de la Inmaculada Concepción siempre marque la misma hora, la vida de liturgias allí nunca se detiene. Con la fervorosa tradición de cada Semana Santa, sigue siendo el corazón espiritual de la ciudad. Cada Lunes Santo, la devoción al 'Ecce Homo' desborda de fieles, tantos que

– como dice el sacerdote – "No caben en el espacio de la plaza Alfonso López".

En la Inmaculada Concepción no solo transcurre la vida de sacerdotes. Eudith Cristina Valderrama ha entregado más de tres décadas de vida al servicio del altar. Llegó al templo muy joven, antes de casarse.

Hoy, 36 años después, habla con el orgullo sereno de quien ha convertido su oficio en vocación.

Desde el padre Enrique Iceda hasta el actual párroco Wilson Torrejano, Eudith ha acompañado a seis sacerdotes en su paso por la catedral. A cada uno le ha servido con la misma disciplina: preparando las albas, las casullas, los vasos sagrados, además de otros objetos de ese mundo íntimo y ordenado que pocos ven, pero que hace posible la celebración de cada eucaristía.

"Esto es una responsabilidad, llevar todo organizado al sacerdote", explica con la naturalidad de quien conoce de memoria cada rincón de la sacristía.

No está sola en la tarea. Son cuatro las sacristanas que, sin protagonismo, mantienen viva la rutina litúrgica. Se turnan los días, dividen horarios para asegurar que nadafalte en las tres eucaristías dominicales, ni en las celebraciones especiales. Su servicio es completamente voluntario. "El Señor lo llama a uno por su nombre para servirle, porque no todo el mundo sirve para estas cosas", dice Eudith, convencida de que su labor no es un trabajo, sino un llamado divino.

Ella también ha visto transformarse la ciudad. Recuerda a la plaza Alfonso López antes de la remodelación, con un piso distinto que ayudaba a refrescar cuando el calor era insopportable. Con cierto disgusto

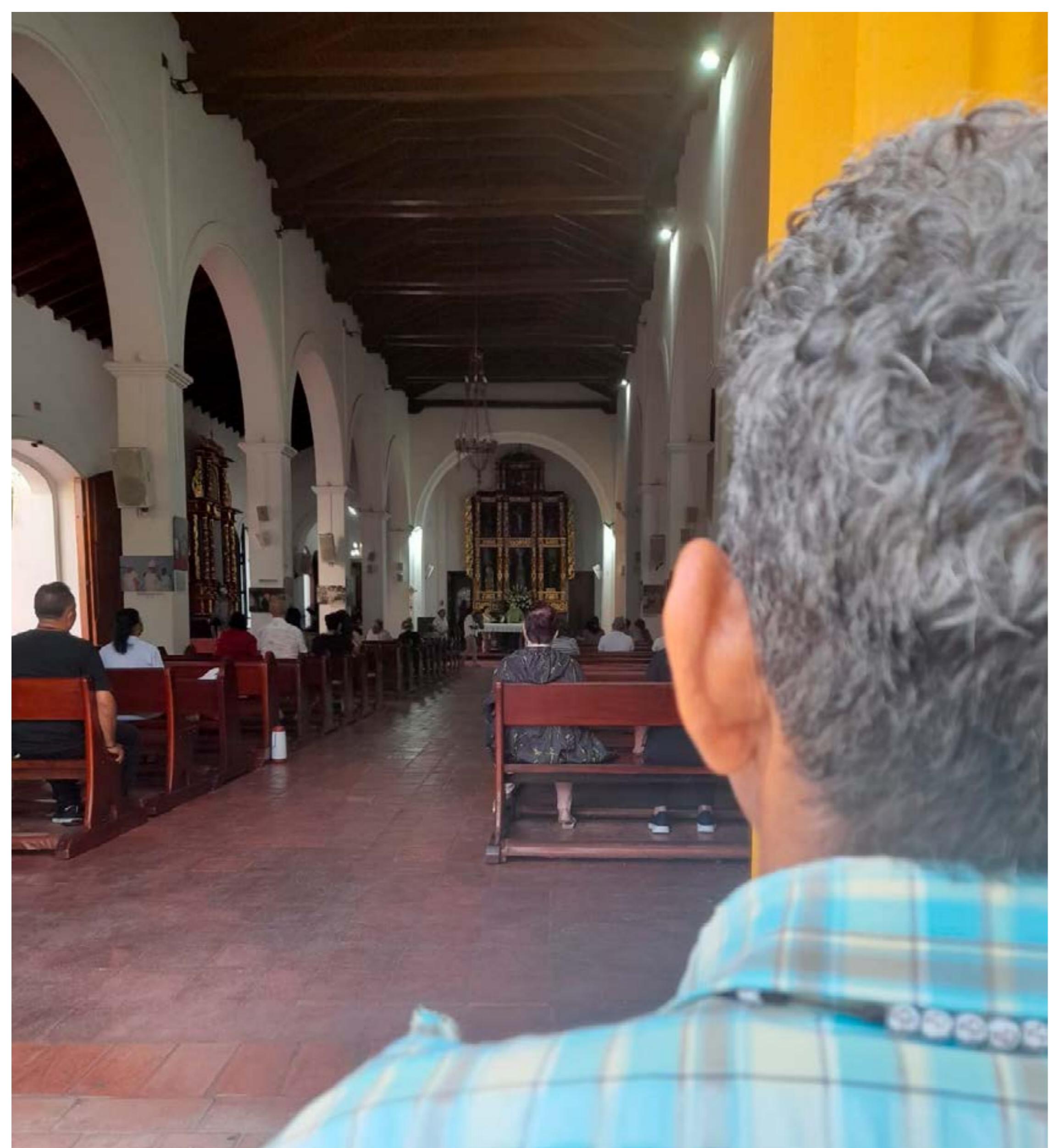
admite que el cambio no le pareció, porque a la 1:00 de la tarde el sol entra con fuerza y ahora se requieren abanicos eléctricos gigantes para contrarrestar las altas temperaturas.

Esta mujer ha sido testigo de los secretos del templo, como de la historia del reloj que siempre vuelve a detenerse debido a la antigüedad de la estructura. Entiende que otra razón del porqué las campanas ya casi no repican, salvo en Semana Santa, es debido a las quejas de los vecinos de la plaza que no toleran el ensordecedor talán, talán.

Señala emocionada las figuras en distintos puntos de la iglesia: a la Dolorosa, al Sagrado Corazón de Jesús, al Señor Caído, y resalta a San Antonio, describiéndolo con orgullo como un patrimonio devocional incomparable que ninguna otra iglesia del mundo tiene. Sin las manos de mujeres como Eudith, la misa perdería ese ritmo secreto, el orden invisible que sostiene lo visible y permite a los fieles vivir su fe sin contratiempos.

La 1 de la tarde es una hora muerta. Ni un alma se ve fuera de la iglesia cerrada, solo los vendedores ambulantes que resisten el calor del mediodía. Javier Ortiz Amaya, vendedor de cholados frente a la Inmaculada Concepción, lleva veinte años en el mismo lugar. Asegura que en todo ese tiempo nunca ha visto moverse el reloj de la iglesia. "Siempre marca la una de la tarde, la misma hora" Para él, el reloj detenido es parte del paisaje, es solo un adorno más de la catedral.

La Inmaculada Concepción no es solamente un edificio antiguo que se erige en el centro de Valledupar. Es memoria viva del patrimonio inmaterial de la ciudad, resguardada en sus paredes, en las voces de los sacerdotes y en las manos incansables de quienes la sirven en silencio. Es el eco de un reloj detenido que, aun sin avanzar, recuerda que el tiempo aquí no se mide en minutos sino en fe, en tradición y en comunidad.





Desde su balcón de madera, esta casona emblemática mira el paso del tiempo con la misma serenidad de sus noches coloniales.

El Balcón Maestre, joya colonial de Valledupar, se alza como testigo del pasado que aún respira en sus muros blancos.

Un balcón para apreciar la memoria vallenata

 Universidad de Santander UDES

Claudia Isabel Vizcaíno de la Cruz

Al cruzar la calle 16, antes conocida como calle Grande, caminando sobre el fuelle de un acordeón, se eleva majestuoso el Balcón Maestre, con su tejado de barro a dos aguas que dibuja la silueta clásica de la arquitectura colonial.

En el nivel inferior, una serie de arcos blancos sostiene un corredor abierto que deja entrar la brisa y la claridad del día. Sobre ellos descansa un largo balcón de madera oscura, sencillo pero elegante, que recorre la fachada contrastando con la blancura de sus muros. Varias ventanas rectangulares, enmarcadas con el mismo tono, se abren hacia la calle, guardando la esencia del estilo tradicional. A un costado, un árbol frondoso aporta sombra y frescura. Restaurada con respeto y fidelidad a sus raíces, la casa conserva el adobe, la madera tallada y el ladrillo cocido que narran la grandeza de su época, cuando los balcones eran símbolo de estatus.

Esta reliquia colonial, desde su imponente balcón nos permite disfrutar de una maravillosa vista, al mirar abajo se aprecia el fuelle de acordeón que hace las veces de paso peatonal, y para deleitar los ojos, basta con alzar la mirada. El iris de tus ojos se estrellará con el reflejo fucsia de las 97 materas de flores trinitarias que rodean la solemne plaza Alfonso López y todos

sus atractivos, el famoso palo e' mango con sus notables 88 años; el gigantesco monumento de la revolución en marcha, inaugurada el 27 de abril de 1994, en honor a Alfonso López Pumarejo; la hora que nunca cambia del reloj en la torre de la Iglesia La Concepción; el hermoso mural que lleva por nombre 'Valledupar, Tierra de Dioses', hecho por German Piedrahita; las palomas volando la plaza de un lado a otro y, como si fuera poco, ver al sol esconderse detrás de la majestuosa Sierra Nevada de Santa Marta.

Pero entorno a este famoso balcón hay una vieja historia por conocer, desde sus primeros dueños hasta convertirse en el hospedaje para turistas que es hoy en día.

El balcón de los Maestre fue construido por el maestro constructor y carpintero Francisco Rosado, en el año 1802, con el fin de atender el encargo de José Maestre de Nieves Campo de Perea, teniente de milicias en ese entonces, a quien el rey de España le confirió el título de alférez real de la Ciudad de los Santos Reyes del Valle del Cacique Upar.

Desde el Balcón Maestre, Valledupar se revela completa: su plaza, su historia y su alma vallenata abrazadas por la Sierra Nevada.

En el año 1814 la casa fue heredada a José Francisco Maestre, hijo del ilustre José Maestre de Nieves Campo de Perea, convirtiéndose en el segundo dueño de la edificación.

José Francisco fue capitán del ejército libertador y amigo cercano de Simón Bolívar. Seis años después, en 1820, el 18 de marzo exactamente, se llevó a cabo una importante reunión a la que asistieron grandes figuras públicas de la época: el general Mariano Montilla, el almirante curazoleño Luis Brío, el comandante de las fuerzas británicas en las Antillas y gobernador de Jamaica y el almirante Home Riggs Popham, con el fin de celebrar los triunfos alcanzados en Riohacha.

Tiempo después, la casa pasa de ser de los Maestre a los Pavajeau, al ser comprada por Tomás José Pavajeau, quien en compañía de Alejandro próspero Reverend monta allí el primer hotel, café y billar; fue la primera vez que la reliquia colonial tenía un uso diferente a solo un lugar donde vivir.

En 1875, pasa a manos del presidente del estado soberano del Magdalena, Antonio Joaquín Maya, en calidad de alquiler, con el fin de tener allí su fuerte militar, siendo Valledupar una plaza de armas.

Posteriormente, la propiedad pasa a ser heredada por Juan Bautista Pavajeau Fernández de Castro, quien fue un hombre reconocido por su gran sensibilidad social. Juan Bautista era uno de los mejores médicos de aquel momento y organizó en la casa una botica donde preparaba medicinas.

Tras la muerte de Juan Bautista, queda como propietaria su hija Delfina Pavajeau quien ya se encontraba casada con Casimiro Maestre Castro, en 1930 la pareja decide hacer una ampliación significativa a

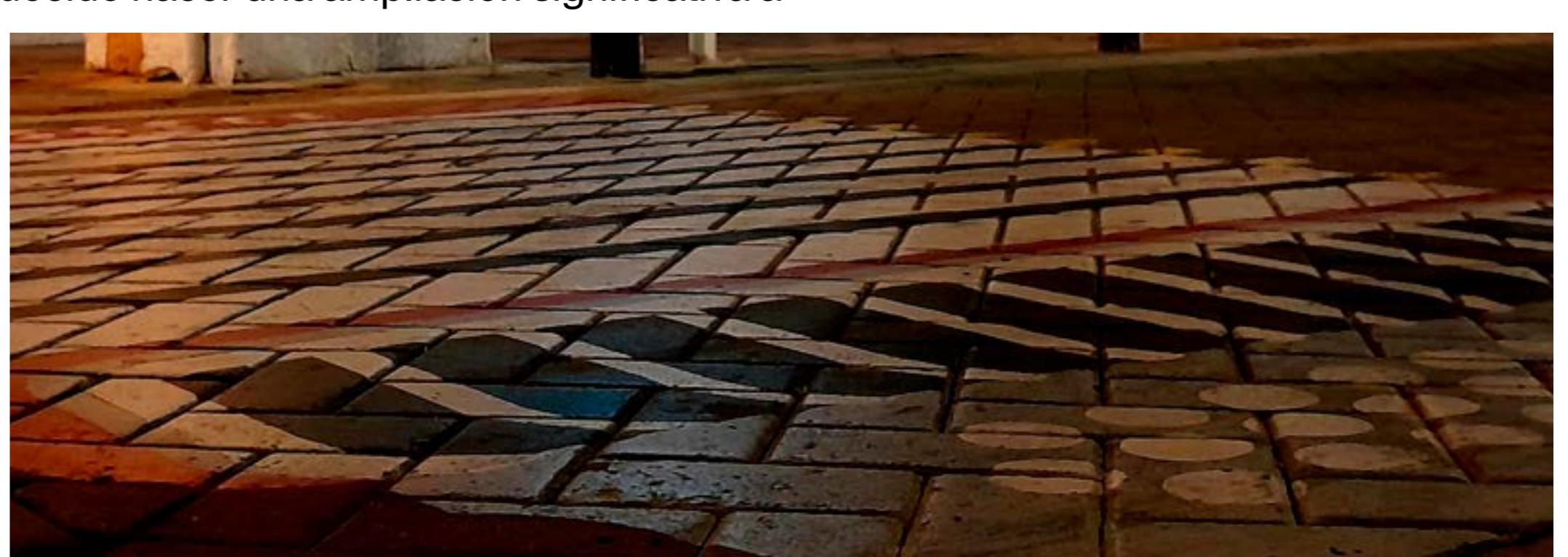
la casa.

Al pasar de los años, el balcón Maestre ha recibido un sin número de huéspedes que sin duda forman parte importante de la historia de esta preciosa reliquia, la lista de visitantes ilustres a la casa del Alférez es un poco larga para enumerarlos uno a uno, pero he aquí algunos de los más importantes: en 1935 Alfonso López Pumarejo, quien se alojó allí junto a sus ministros, en 1953 el primer Vicario Apostólico para la provincia, Monseñor Vicente Roig y Villalba, la casa fue sede y residencia del vicariato por un tiempo.

Finalmente, fue propiedad de Armando Maestre Pavajeau, al ser heredada por sus padres Casimiro Maestre y Delfina Pavajeau. Con este nuevo dueño, la estructura colonial vuelve adquirir su nombre de pila "Balcón Maestre".

Armando fue un ingeniero agrónomo, piloto de aviación y político colombiano, alcalde de Valledupar, gobernador del departamento del Cesar y senador de la república en dos ocasiones, durante varios años fue gerente regional del Banco Ganadero en Valledupar. En 1995, Armando fue asesinado por el Ejército de Liberación Nacional (ELN), quedando como responsable de la propiedad su esposa Gloria Cuello Dávila, quien en la actualidad, en compañía de sus hijos, decidió abrir las puertas de la casona para el servicio del sector turístico de la región.

Hoy en día, el 'Balcón Maestre' funciona como un hospedaje que atrae a turistas de todo el mundo por su maravillosa historia, pero sobre todo porque aún conserva esa estructura colonial que parece tener miles de historias escondidas entre sus viejas tejas de barro y su antigua madera tallada color marrón.



El acordeón pintado en el suelo recuerda que cada rincón del Balcón Maestre vibra al compás del vallenato.

La revolución en marcha: un recuerdo que inmortaliza a Valledupar



 **Universidad**
de Santander
UDES

Por Jassir Morales.

Caminar por la Plaza Alfonso López siempre me provoca una sensación de tranquilidad

y un poco de paz al ver y sentir las palomas, al ver la tarima Francisco el Hombre y aún más ver el monumento de la Revolución en Marcha. Entre el canto de los vendedores que ofrecen sus productos, el ir y venir de gente de todas partes como universitarios y gente adulta, mis pasos siempre me llevan al monumento de la Revolución. Allí, en el corazón de la plaza, se alza la obra de

Rodrigo Arenas Betancourt; aunque esté hecha de bronce, no parece quieta. Hay algo en esas figuras que da la impresión de que están a punto de dar un paso, como si quisiera tocar el cielo, esto lo que transmite es la fuerza de una época que soñaba con un país más justo y libre.

Me quedo mirándolos y siento que no son simples esculturas. Son voces detenidas en el tiempo, testigos de la "Revolución en Marcha" que impulsó el presidente Alfonso López Pumarejo, ese intento de sacudir las estructuras de un país desigual. Y lo hacen aquí, justo en la plaza que lleva su nombre, un lugar que ha visto fiestas populares y también protestas que reclaman cambios para una sociedad más justa.

Mientras que daba mi recorrido por la plaza, un niño corre detrás de las palomas, un vendedor de café se lo ofrece una pareja de turistas sonríe para la foto. Miro otra vez para el monumento que permanece, firme, como un

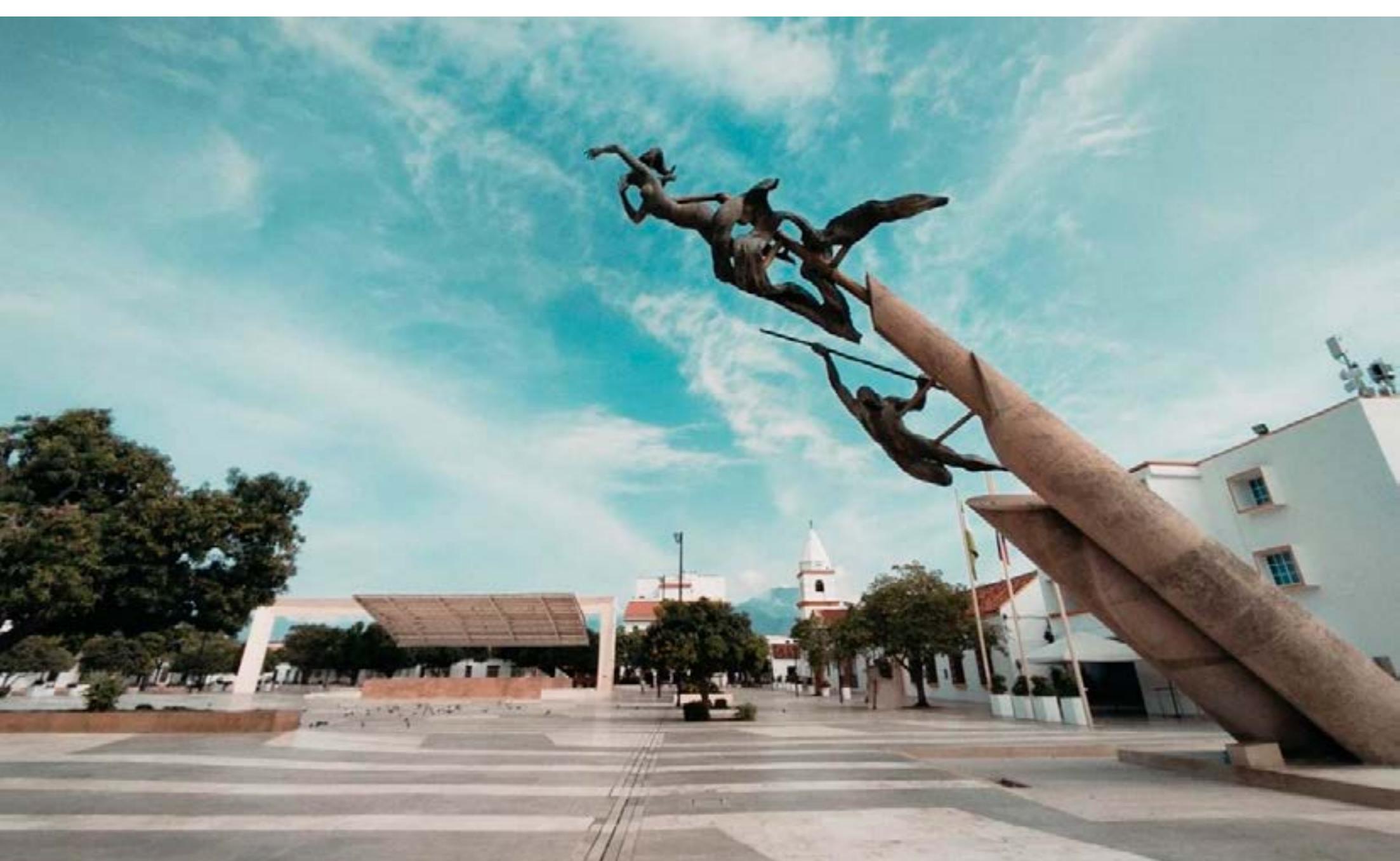
recordatorio silencioso de que la historia no se olvidó, sino que quedó estampada como un reconocimiento a Alfonso López Michelsen el cual promovió en su mandato amplió la base de votantes, promovió la educación laica, la separación del Estado y la Iglesia y la libertad de prensa.

Probablemente lo más revolucionario es que propuso una reforma agraria, consagrada en la Ley 200 de 1936. Esto me recuerda que la lucha por la justicia y la igualdad no es cosa del pasado, que sigue en la memoria de todos. La Revolución en Marcha no es solo un monumento y un homenaje, frente a esas figuras, no puedo evitar pensar si como sociedad seguimos caminando con la misma claridad y firmeza que ellas representan o es solo un recuerdo del pasado.

Y así, mientras me alejo de la Plaza Alfonso López veo como este monumento sigue ahí en silencio, recordándonos la lucha por una sociedad más justa que debe de seguir.



Placa conmemorativa del monumento "La Revolución en Marcha", inaugurado en honor al presidente Alfonso López Pumarejo.



Escultura de Rodrigo Arenas Betancourt que representa el impulso y la fuerza de un pueblo en busca de justicia y libertad.



El palo 'e mango: Un patrimonio desde la raíz

 Universidad
de Santander
UDES

Por María Gámez

Donde la brisa caliente se mezcla con el eco de los acordeones, se levanta un gigante silencioso. No es estatua ni edificio: es un árbol. El palo e' mango de la Plaza Alfonso López, sembrado el 7 de agosto de 1937, ha visto pasar casi nueve décadas de historias, y aún no recibe el título que debería protegerlo, reconocerlo como patrimonio cultural.

Basta acercarse a la plaza para que los sentidos despierten. El humo de los chuzos y las vitrinas con fritos se mezclan con el dulzor de las obleas y el raspao, mientras la frescura de los mangos cortados en tajada abre el apetito, y el antojo de helados, cervezas El palo e' mango de la Plaza Alfonso López, sembrado el 7 de agosto de 1937, variedad para el paladar se concentra

bajo el manto generoso del palo e' mango, que no solo da sombra, sino que arropa a vendedores y visitantes como un anfitrión eterno. Allí, en torno a su tronco, las risas de los niños se entrelazan con el bullicio de quienes cada día encuentran en él, el escenario y la manera perfecta para ganarse la vida.

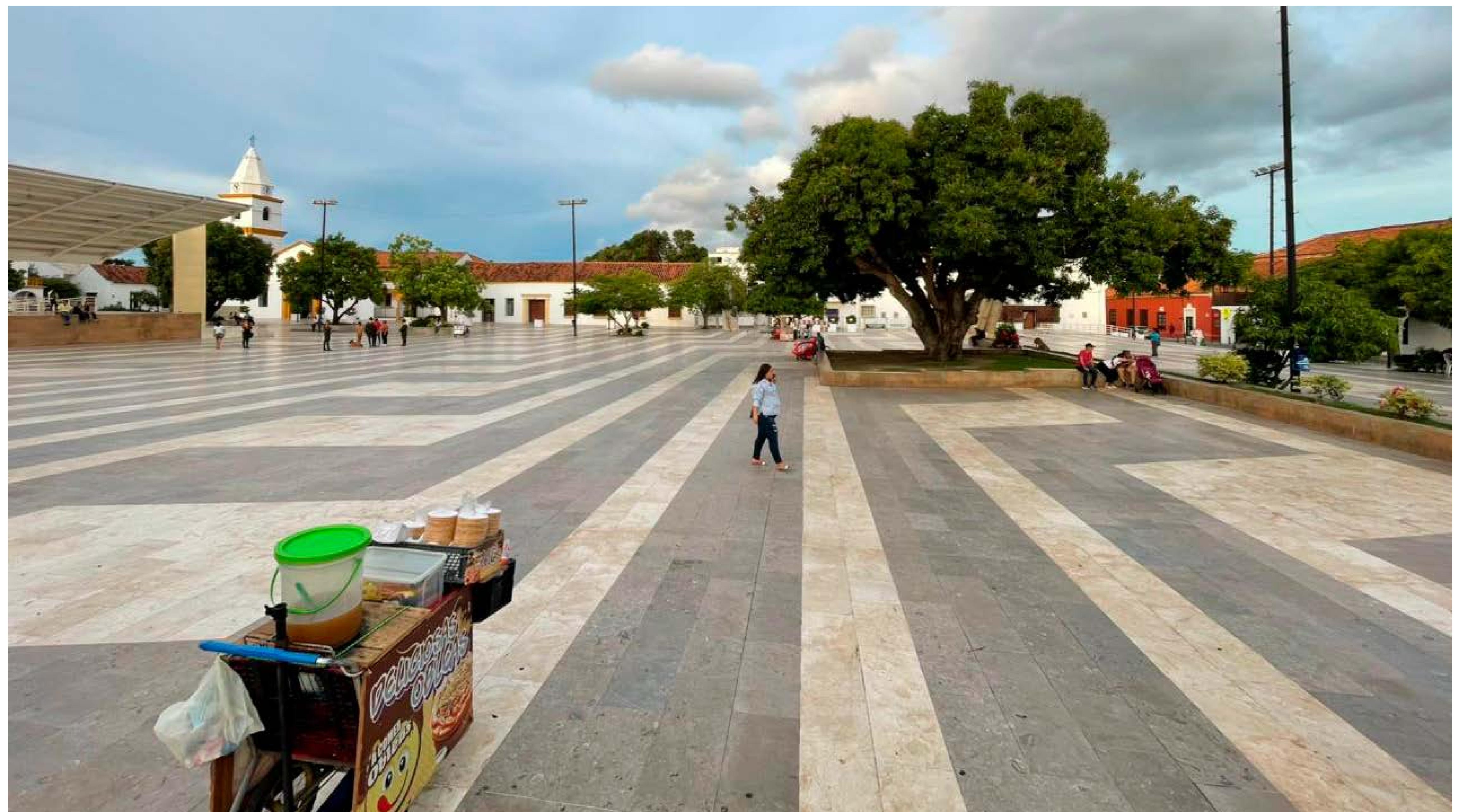
Lo que comenzó como un gesto sencillo de Eloy Quintero Baute y sus amigos, sembrar tres pequeños mangos traídos de la finca Bélgica, hoy es un asombroso árbol de veinte metros de altura y tres de grosor. Dos murieron en el intento, pero el sobreviviente, regado cada mañana, algunas solo con agua y otras cuando ya se logra ver la raíz, con estiércol de chivo y abono, se transformó en símbolo. Sus más de dos mil frutos cada temporada caen como lluvia dorada, arropando a la plaza que se llena de ventas de comida, de niños en motos eléctricas y patinetas, quienes encuentran bajo su sombra el escenario perfecto para el deleite.

El palo e' mango no solo da frutos y sombra, da memoria. Fue punto de

referencia de campañas políticas. "Si la gente llenaba hasta el palo e' mango, la campaña era un éxito", recuerdan los viejos vallenatos, y además ha sido testigo de versos ensayados en secreto por juglares antes de cada presentación. Allí se citaron para darse los primeros besos, se midieron multitudes y se vivieron 36 ediciones del Festival de la Leyenda Vallenata, cuando la madrugada se desbordaba en canto, el palo e' mango era testigo de cada movimiento de sus visitantes.

Hoy, con 87 años cumplidos, el árbol sigue siendo el foco de la plaza. Turistas lo retratan, los ancianos lo saludan como a un viejo amigo, y los niños encuentran en su sombra un refugio contra el sol agobiante. Es inevitable la pregunta, ¿llegará a cumplir cien años? Nadie lo sabe. Lo cierto es que, mientras la brisa sacude sus ramas y el aire se impregna de música, comida y risas, el palo e' mango continúa atestiguando la historia de Valledupar. Aunque aún no se ha dado la resolución oficial que lo declare patrimonio, ya lo es, de hecho, en la memoria y en el corazón de quienes lo visitan.

Hoy, con 87 años cumplidos, el árbol sigue siendo el foco de la plaza. Turistas lo retratan, los ancianos lo saludan como a un viejo amigo, y los niños encuentran en su sombra un refugio contra el sol agobiante. Es inevitable la pregunta, ¿llegará a cumplir cien años?





Las placas rodeadas de las distintivas trinitarias y palos de mango.

Los reyes vallenatos inmortalizados en mármol

Universidad de Santander
IDES

Por Nicolle Andrea Rincones Silvera

El Paseo de los Reyes Vallenatos no es solo una ruta de homenaje: es un laberinto urbano donde cada nombre allí grabado representa una historia

En el significativo escenario de Valledupar, donde el sol se posa como testigo eterno sobre las notas del acordeón, la Plaza Alfonso López guarda recuerdos tallados en mármol, así como el paseo de la fama en Hollywood, la ciudad cuenta con el Paseo de los Reyes. El viaje comienza con Valledupar, Tierra de Dioses, el mural de Germán Piedrahita que se alza como un umbral simbólico. El maestro sembrador de cultura, dejó allí su trazo. A sus pies, una hilera de trinitarias Bougainvillea, nativas de la Amazonía colombiana, florece como si supiera que está custodiando la memoria de los juglares. A cinco pasos de distancia, entre cada placa que mide 85cm de largo y ancho, el mármol desgastado por el sol y las pisadas guarda los nombres de quienes han sido coronados reyes en el Festival de la Leyenda Vallenata, ese ritual que cada abril convierte la plaza en templo del folclor vallenato. La cronología inicia con Alejandro Durán en 1968, figura icónica del acordeón, el primer rey profesional, oriundo de El Paso, Magdalena, quien tocaba como si el viento le dictara las notas. Su canto era un conjuro: "La cachucha bacana" aún se pasea por las esquinas como un fantasma alegre. Le sigue Colacho Mendoza en 1969, apodado 'El tigre del acordeón', quien podía hacer llorar a una ceiba con sus notas. Calixto Ochoa,

coronado en 1970, no solo fue rey sino alquimista de melodías. Luego vienen Alberto Pacheco en 1971, quien decía que el acordeón era su brújula emocional, y Miguel Antonio López en 1972, fallecido en 2023; aunque su placa aún no lleva el susurro final del "Q.E.P.D.". López, heredero de la dinastía de los López, tocaba como si cada tecla fuera una lágrima contenida. Diecisiete placas más adelante se encuentra la de Omar Geles, rey en 1989, compositor de más de mil canciones y creador de himnos como Los caminos

de la vida. Falleció en mayo de 2024 tras una falla cardiaca. Su música fue brújula, refugio y espejo. Si el vallenato tuviera corazón, latiría con sus versos. Las placas que se detienen en 2019, con Alfonso Monsalvo, el abogado que cambió códigos por coros. Iván Zuleta, actual rey, y cuatro monarcas más, aún esperan su lugar en el piso gris y beige de la plaza. El recorrido avanza entre instituciones que también narran la historia: la alcaldía, la casa donde vivió Consuelo



Alejandro Durán marca el inicio de una tradición que exaltó el talento de los acordeoneros.

Araujo Noguera 'La Cacica', periodista y fundadora del Festival; la Parroquia Inmaculada Concepción, que bendice desde su arquitectura colonial el paso de los visitantes. Más adelante, el Tribunal Superior de la Judicatura y el consultorio jurídico de la UDES marcan el giro hacia la izquierda. El paseo concluye en la carrera 6, como quien va en busca de sazón al restaurante Compaé Chipuco. Pero no todo es armonía: algunas placas están manchadas, erosionadas por el olvido, y los nombres de los reyes se desdibujan como si el tiempo quisiera borrar lo que el pueblo se niega a olvidar. Como si el mármol pidiera auxilio, como si cada letra fuera un suspiro que exige memoria. El Paseo de los Reyes Vallenatos no es solo una ruta de homenaje, es un laberinto urbano donde cada nombre allí grabado representa una historia, una melodía y una parte del alma vallenata. Caminar por este recorrido es escuchar, sin sonido, el eco de los acordeones que hicieron grande a Valledupar.



Caminar de cada uno de ellas, es conocer la historia de grandes intérpretes del acordeón.



Bajo las alas de memoria y caos en la plaza Alfonso López

 Universidad
de Santander
unes

Por Nataly Sanabria Badillo
Fotos: Adamis Guerra

Son las seis de la mañana y el sol apenas comienza a dorar los tejados coloniales del centro histórico. La Plaza Alfonso López, corazón palpitante de la ciudad, se despereza entre los primeros pasos de los caminantes y el revoloteo de cientos de palomas que, como si fueran parte del alma misma del lugar, ya se han adueñado del espacio.

Las palomas no siempre estuvieron en la Plaza Alfonso López. Fueron introducidas por los colonizadores españoles, quienes las trajeron desde Europa como parte de sus costumbres y prácticas agrícolas. Con el tiempo, estas aves se adaptaron al entorno vallenato y se multiplicaron, convirtiéndose en parte inseparable del paisaje urbano. Hoy, forman parte de la vista cotidiana que se imprime en la memoria de quienes visitan y habitan este rincón del Cesar. Para muchos vecinos, son más que aves: son testigos silenciosos de la historia, de los festivales vallenatos, de las protestas, de los enamorados que se citan bajo la sombra de los árboles.

Luis Antonio Acevedo Cantillo lo sabe bien, Cada mañana, sin falta, aparece en su bicicleta adornada con una bandera de Colombia. No trabaja para la alcaldía,

ni para ninguna fundación. Solo pide para el maíz. "No me pagan, lo hago porque me gusta cuidarlas", responde con una sonrisa cuando los curiosos le preguntan. Luis es, sin quererlo, el guardián de estas aves. Las llama por silbidos, las alimenta, las observa. Y ellas, fieles, lo rodean como si lo reconocieran como uno de los suyos. Pero no todo es armonía bajo las alas.

La proliferación excesiva de las palomas ha empezado a generar tensión. Vecinos entrevistados coinciden en que, aunque forman parte del alma de la plaza, su número ha crecido tanto que ya representan un problema. Los excrementos se acumulan en techos, calles y monumentos. Han llegado a taponar aires acondicionados y deteriorar estructuras patrimoniales.

"Una vez, el techo de una de las calles emblemáticas del centro se estaba cayendo por la humedad y los desechos", recuerda una vecina.

La salud también está en juego. Un estudiante de Veterinaria y zootecnia, advierte que los excrementos de paloma, al secarse, pueden liberar polvo cargado de microorganismos que afectan a personas con alergias o problemas respiratorios. "No se trata de eliminarlas, sino de controlar su número para evitar riesgos", explica. La idea no es quitarles su lugar en la historia, sino evitar que su presencia se vuelva una amenaza.

Y el turismo, ese otro gran protagonista de la plaza, también sufre. Algunos

visitantes se sienten incómodos al ver bancos cubiertos de excrementos o al ver residuos o líquidos de los habitantes de calle, ese es otro gran punto. "Es bonito verlas, pero a veces uno no sabe si sentarse o no", comenta un vecino.

A pesar de todo, las palomas siguen ahí; entre lo querido y lo problemático. A media mañana y en las tardes, cuando el sol no calienta tanto, la plaza se llena de personas y puestos de comida, raspados y muchos más. Niños corren tras las aves, y mascotas de visitantes también, y Luis sigue en su bicicleta, repartiendo maíz

como si sembrara historia. Aunque no existe un censo oficial reciente sobre la cantidad de palomas en la Plaza Alfonso López, se estima que podrían rondar cifras similares a las de otras plazas emblemáticas del país. Por ejemplo, en la Plaza de Bolívar de Bogotá, el Instituto Distrital de Protección y Bienestar Animal (IDPYBA) ha registrado un promedio de 600 palomas, dependiendo de factores como el clima y la presencia humana. Las palomas en Valledupar no solo vuelan, se posan en la historia viva de la plaza.





El Callejón de la Estrella ilumina con su historia las noches del centro histórico de Valledupar.

Luces del pasado en el Callejón de la Estrella

 Universidad de Santander

Por Yulbran Vergara

Me encontraba recorriendo el centro histórico de Valledupar y me detuve en el Callejón de la Estrella en donde me encontré árboles frondosos y un pedacito de calle que adorna este espacio. Dándole un toque único e identitario a los ciudadanos valduparense. Mientras observaba este rincón lleno de historia y tradición conocí un hecho que hoy sigue siendo relevante.

Occurrido hace 150 años en esta misma ciudad, más conocida como la capital mundial del vallenato. Justo en el corazón de Valledupar, diagonal a la plaza Alfonso López y frente a frente con el balcón de los Maestres separadas por la carrera 5a, se encuentra una casa que fue testigo de ese acontecimiento histórico. Durante 40 días, esta vivienda funcionó como residencia, cuartel y oficinas de la capital del Estado Soberano del Magdalena, marcando un momento importante en la historia política de la región.

Fue precisamente este último punto el que aprovechó un ganadero llamado Antonio Joaquín Maye Pacha, quien viajó a Aruba a comprar armas. Al regresar a Valledupar, se autodenominó General y le declaró la guerra al presidente del Estado Soberano del Magdalena, que

en ese momento era Manuel Riascos. Lo venció en batalla y, tras su victoria, fundó en Valledupar la capital provisional del Estado Soberano del Magdalena.

En la década de los 90, Guillermo Castro Mejía, tuvo la iniciativa de restaurar esta casa y, así durante dos

años, el arquitecto Santander Beleño, se encargó de hacer los trabajos que al final guardaron las proporciones de la época en que fue construida. Según el señor Enrique Gutiérrez comentó que "Castro Mejía dijo que inicialmente su intención era transformar la casa en un centro ejecutivo. Sin embargo, a medida que progresaban las obras y observaba el patio, los corredores, el parqueadero y la sombra del frondoso palo de mango, se le ocurrió que un restaurante encajaría perfectamente entre aquellas antiguas paredes".

Así fue como surgió El Callejón de la Estrella. Lo que antes se conocía como la carrera quinta o La Calle de la Estrella, se convirtió en un pasaje peatonal decorado con árboles y bancas, Creando como un



La emblemática placa que identifica uno de los lugares más representativos de Valledupar.



Un rincón lleno de tradición y encanto que conserva la esencia colonial de la ciudad.

lugar para el descanso, la convivencia y la recordación histórica. Esta transformación urbana tuvo como propósito recuperar y preservar la memoria de uno de los lugares más representativos del centro de Valledupar.

Lo que en tiempos pasados se consideraba base y despacho fundamental del Estado Soberano del Magdalena ha experimentado una transformación con el paso del tiempo hoy en día, ese espacio histórico ha quedado reducido y es simple estacionamiento para motocicletas. Sin embargo, El Callejón de la Estrella mantiene aún parte de su relevancia pues, además de su significado simbólico, en sus cercanías se encuentran oficinas importantes para la ciudad. Por ejemplo, la sede de Gases del Caribe, una empresa que brinda servicios esenciales a la comunidad, está ubicada no dentro del callejón, sino justo al lado, en la calle 16a. Este contraste entre lo histórico y lo moderno ejemplifica cómo los espacios urbanos cambian y se adaptan a las necesidades actuales, sin perder el valor y la memoria histórica de su pasado.